

La reconciliación en la Historia y la historia de la reconciliación*

Xavier Garí de Barbarà
Universitat Internacional de Catalunya

*El presente artículo es el resumen y transcripción de la conferencia sobre Historia de la Reconciliación, presentada en el III Seminario Web de Memoria Histórica de la Asociación y Grupo de Investigación en Memoria Histórica y Reconciliación de UIC-Barcelona (marzo 2021).

Resumen

La Historia de la Humanidad es una secuencia de acontecimientos que alternan experiencias de paz y violencia, de justicia e injusticia, de sufrimiento y reconciliación. A pesar de ello, predomina excesivamente una historia de guerras, tiranías y genocidios, que sobredimensiona la violencia como motor de la historia y predispone la sociedad a continuar por el mismo camino al no conocer alternativas. En cambio, la Historia de la Humanidad contiene una rica tradición de episodios de paz, no violencia y reconciliación que han propulsado innumerables avances de la civilización humana, especialmente en términos de solidaridad social y de progreso moral. Este artículo reivindica la urgencia de revelar la Historia de la Paz a través del análisis de tres casos emblemáticos de construcción de la paz y de integración social durante el siglo XX: la reconciliación moral de Alemania tras sus trágicos episodios de guerra y genocidio, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos promovida por Martin Luther King y la reconciliación socio-política en Sudáfrica bajo el liderazgo inspirador de Nelson Mandela.

Palabras clave: Reconciliación, Historia de la Paz, Conflictos, Violencias.

Abstract

Human history is a sequence of events that alternates experiences of peace and violence, of justice and injustice, of suffering and reconciliation. Yet a history of wars, tyrannies and genocides is predominant, overrating violence as the engine of history while predisposing society to continue along the same path, as alternatives are not well known. However, human history contains a rich tradition of peace, nonviolence and reconciliation episodes, which have propelled major advancements in human civilisation, particularly in terms of social solidarity and moral progress. This article argues for the

urgency of revealing a History of Peace by examining three emblematic cases of peace building and social integration during the 20th century: the moral reconciliation of Germany after the tragic episodes of war and genocide, the civil rights movement in the United States as promoted by Martin Luther King, and the socio-political reconciliation in South Africa under the inspiring leadership of Nelson Mandela.

Key words: Reconciliation, History of Peace, Conflicts, Violence.

Introducción

La Historia de la Humanidad está repleta de conflictos. Los conflictos son el motor de la Historia. La Historia la configuran los conflictos hasta el punto que sin conflictos no hay Historia.

Los conflictos son, existen, se dan; son inevitables e inherentes a la vida humana, incluso son necesarios ya que ayudan enormemente a avanzar en sociedad. Desde un punto de vista histórico no podemos evitar que los conflictos protagonicen la Historia. Estas afirmaciones no son más que el reflejo de una realidad. No hay problemática alguna en ello, pues los conflictos siempre han surgido, persisten y siempre estarán. La cuestión a debatir es analizar cómo se abordan dichos conflictos; cómo la humanidad los ha transformado o si ha podido superarlos y cómo. Sobre este asunto podemos concluir que hay, sintéticamente, dos reacciones fundamentales ante los conflictos: la violencia o la concordia, la imposición o el acuerdo.

Conviene anticipar previamente que la Historia es una ciencia social que tiene el triple objetivo de (1) conocer el pasado para (2) comprender el presente y (3) cambiar el futuro. Cualquiera de estos tres objetivos que quedara ladoado en la investigación histórica, empobrece la función de la Historia y la tarea del historiador/a. A su vez, la Historia tiene tres velocidades en el desarrollo de los acontecimientos: nos referimos a (a) la evolución, (b) la involución y (c) la revolución.

La evolución histórica marca el avance natural y normal de los hechos históricos. La involución, por su parte, no tiene por qué ser un retroceso sino a menudo un freno al avance histórico. Y la revolución es, claramente, una aceleración de los acontecimientos históricos, lo que no asegura que sea positivo pues ha habido revoluciones violentas, si bien también las ha habido noviolentas.

La sobredimensión de la Historia de la violencia

La Historia de la humanidad ha avanzado combinando violencia y noviolencia, guerra y paz, matanzas y fraternidad. No obstante, ha habido una clara tendencia a destacar reiteradamente las experiencias históricas de guerra, tiranía y genocidio. No estamos defendiendo que no se deba mostrar esta realidad histórica, sino que debe haber un equilibrio en la investigación, docencia y difusión tanto de las experiencias violentas como de las pacíficas. Sin embargo, no es esto lo que predomina, de modo que se muestra un pasado histórico incompleto y, a menudo, induce a una visión errónea del pasado.

Está claro que, de entrada, la historia bélica y genocida provoca un mayor atractivo mediático e interés historiográfico, que la historia pacifista y noviolenta. Pero los estudios históricos deben revertir esta situación por un principio esencial e indiscutible: la violencia siempre empeora la situación de cualquier conflicto, siempre frena el desarrollo del progreso de la humanidad y siempre genera más víctimas una y otra vez. De este modo, con consecuencias semejantes no se puede afirmar que la historia de la violencia haya sido positiva en ninguno de sus casos, y urge no justificar los avances colaterales de las historias de violencia (por ejemplo, la investigación militar que da lugar a innovaciones tecnológicas aplicables en el ámbito civil, o incluso el abatimiento de tiranías mediante insurrecciones violentas o guerras civiles). Como decía el Mahatma Gandhi: *“lo que se consigue con violencia sólo se puede mantener con violencia”*. Es decir, no sólo la violencia lleva a violencia, sino que su mantenimiento exige mayores dosis todavía, puesto que su objetivo inicial ya no era pacífico en origen, ni justo para la sociedad ni digno para la humanidad.

Las imágenes de bombardeos, carros de combate, campos de batalla y toda la estrategia militar que lleva a cabo el uso y abuso de la violencia sobre la humanidad, son a menudo vistas con menos dramatismo del que representan, y eso es en parte gracias al uso mediático y a determinadas películas que han encumbrado el cine bélico. Mediante la cinematografía violenta, que traspasa también a los canales de televisión que emiten a todas horas filmografía bélica, se consigue banalizar con gran éxito la guerra, rebajar alarmantemente los enormes perjuicios que genera y olvidar lo que se intenta educar en muchas escuelas: que las guerras son la peor alternativa posible. La banalización de la violencia y la guerra entraña el peligro de acostumbrar a la sociedad a un imaginario colectivo dócil hacia lo militarista, lo belicista y lo violento, lo cual se vuelve siempre contra la sociedad entera. Por otra parte, esta situación facilita adormecer el activismo pacifista de las personas y la defensa de la dignidad humana, mediante la repetición de imágenes violentas que son observadas con frialdad y descontextualizadas.

La Historia de la Paz y la Reconciliación

Como anteriormente ha quedado dicho, en la Historia de la humanidad no ha existido ninguna época totalmente pacífica ni completamente violenta. Siempre ha habido ejemplos de paz en contextos de violencia, y casos de violencia en situaciones de paz. No obstante, hay una investigación pendiente que ha de compensar la excesiva presencia y difusión de la Historia de la violencia: la Historia de la Paz y la Reconciliación. A lo largo del siglo XX se ha investigado y difundido profundamente sobre las dos Guerras Mundiales e incluso la Guerra Fría, pero queda pendiente el recorrido de la Paz en plena guerra mundial. Probablemente los trabajos por la paz no consiguieron acabar con las hostilidades militares ni revertir el conflicto bélico, pero sin duda sí rebajaron los niveles de violencia, la crueldad y las víctimas. De este modo, está pendiente una Historia de la Paz dentro de la historia de las guerras.

Sin embargo, sí se ha desarrollado algo más la investigación histórica de la Paz en el contexto de Guerra Fría de la segunda mitad del siglo XX. El caso más contundente fue la mayor acción no violenta masiva de Europa, con la que miles de ciudadanos tumbaron el Muro de Berlín cuando ni ejércitos, ni líderes políticos ni grandes potencias mundiales lo consiguieron durante décadas. Nadie duda sobre la lucha pacifista contra la Guerra del Vietnam, las revueltas no violentas contra la dictadura comunista china, más recientemente la extensa movilización social de las Primaveras Árabes. Todo ello demuestra que es tan posible como necesaria esta Historia de la Paz, para completar el repaso histórico a un pasado no siempre dominado por la violencia y, sin embargo, siempre coronado por experiencias de reconciliación tras acontecimientos de conflictividad violenta.

Antes de entrar de lleno en ejemplos claros de experiencias de paz y reconciliación durante el siglo XX, es importante comparar datos actuales con el fin de poder entender qué niveles reales de violencia se dan y qué percepción adulterada tenemos, a causa de la excesiva dedicación a la historia de la violencia. Para ello, dos estudios de contrastada solvencia nos ayudarán sobremanera: por un lado, el Informe Alerta de la Escuela de Cultura de Paz de la Universidad Autónoma de Barcelona, y por otro lado, el Informe SIPRI sobre Armamento, Desarme y Seguridad Internacional del Instituto Internacional de Estocolmo para los Estudios de Paz. Centrándonos en sus anuarios de 2020, que por tanto nos hablan de la situación en 2019, comprobamos varias evidencias que no siempre son debidamente asumidas.

En primer lugar, los grandes conflictos armados con más de 10.000

muerter en 2019 afectan a tres países de los casi 200 que hay en el mundo, o a 16 países con conflictos armados de alta intensidad entre 1.000 y 10.000 muertos en 2019. En segundo lugar, los conflictos armados en ese mismo año fueron, como máximo, 34; en cambio, los contextos de desarrollo de procesos de paz fueron 50, es decir, casi el doble de los conflictos armados en el planeta.

Otro dato importante a tener en cuenta es que los escenarios de tensión en el mundo eran 94 en 2019, mientras los países en el mundo son más del doble. En relación a los procesos de paz, la pregunta que nos podemos formular es: ¿cuántos medios de comunicación hablan de los 50 procesos de paz en el mundo, y cuántos medios se centran en los tres o cuatro países con grandes conflictos armados? Que los datos sean tan contrastados nos empuja a una percepción muy errónea de la realidad, lo que significa que facilita enormemente asumir la historia de la violencia como la estrella de la Historia de la humanidad. Y, sin embargo, la realidad no sólo no es así, sino es justamente lo contrario. Esta conclusión es grave y nos lleva a impulsar, con más fuerza que nunca, el descubrimiento de la Historia de la Paz que ha quedado escondida, disimulada o directamente soterrada, por una más mediática y parcial historia de la violencia.

Casos paradigmáticos de Reconciliación

Todos los acontecimientos históricos que han desarrollado actos o trayectorias de violencia (guerras, tiranías, genocidios, invasiones, matanzas, persecuciones, etc.) han derivado siempre, tarde o temprano, en procesos de reconciliación. El perdón y la reconciliación es la alternativa sanitaria a las grandes heridas de la historia. De hecho, una de las funciones de la Memoria Histórica es mantener viva la Historia con el fin de curar esas heridas sin dejar que se cierren sin ser saneadas. En consecuencia, el objetivo de fondo de la Memoria Histórica debe ser caminar hacia la reconciliación de las sociedades anteriormente enfrentadas, recuperando la dignidad de todas las víctimas afectadas. El perdón y la reconciliación dignifican a la persona y a los pueblos, y consiguen transformar valiosamente la violencia de los conflictos vividos, en semillas de esperanza, concordia y paz. No existe experiencia más sublime que la de la reconciliación, la cual es una parte sustancial de la Historia de la Paz, que la humanidad ha desarrollado durante siglos y que conviene desempolvar.

Para demostrar dicha afirmación, vamos a destacar tres experiencias extraordinarias que han resultado ser un referente de Historia de la Paz y la Reconciliación. Muestran, magistralmente, cómo se desanda un camino de vio-

lencia, por más sangriento y doloroso que haya sido, para volver a encaminarse -desde la Memoria Histórica- por el sendero de la paz.

En primer lugar, el caso más paradigmático es el de Alemania a lo largo de todo el siglo XX. La Gran Guerra, denominada de este modo por la gravedad y crueldad de sus acontecimientos, dejó al país germano en una situación humillante y trágica, que se agravó con los Acuerdos de Paz de París. Estos no fueron ni Acuerdos ni fueron de Paz, porque la consecuencia de los mismos llevó a Alemania, y a parte de Europa, a caer bajo las garras de los totalitarismos, especialmente del Nazismo.

La Primera Guerra Mundial llevó directamente a la Segunda, hasta el punto que algunos historiadores hablan de una sola conflagración mundial. Alemania se hundió y quedó dividida, dejando Europa separada en dos. El telón de acero trazó su línea del Báltico al Adriático, dijo Churchill, y el mismo corazón de Berlín quedó partido en dos hasta que, con el tiempo, un muro de hormigón mantuvo durante décadas un nuevo drama europeo: tras el nazismo y la Guerra Mundial, llegaron la división de bloques y la Guerra Fría.

No obstante, Alemania Occidental buscó reparar los graves daños del pasado mientras la movilización ciudadana, no violenta y persistente a ambos lados del Muro de Berlín, culminó con el hito histórico de su caída, que parecía imposible. A su vez, un serie de gestos llevaron a Alemania propiciar la reconciliación con sus vecinos, comenzando por el del canciller Willy Brandt al visitar Polonia en 1970. Aquella memorable visita es recordada especialmente por su genuflexión ante el monumento a la revuelta del gueto de Varsovia. De manera imprevisible, Brandt se arrodilló y se mantuvo recogido y concentrado en una actitud de profundo respeto. Dicho gesto no fue previsto ni pactado, ni tampoco consensuado ni con su gabinete, ni sus asesores, ni con su partido ni menos con el parlamento alemán. Ello le reportó críticas al regresar a su país, y las estadísticas marcaban que el 50% de los alemanes desaprobaron aquella decisión. No obstante, el canciller Brandt defendía que hay hechos significativos que hay que hacer cuando no alcanzan las palabras.

Para la mayoría de polacos, aquel gesto 25 años después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, fue el primer paso en firme para reconciliar ambos países. Y lo cierto es que Brandt acabó firmando el Tratado de Varsovia, por el cual Alemania reconocía las actuales fronteras comunes, renunciando al territorio que había sido germánico en la Polonia anterior a la guerra mundial. Es decir, que no fue un gesto vacío sino que culminaba una decisión política de calado, que no fue la única. A la contribución de Brandt, le siguieron otras como la petición de perdón del embajador alemán en España

ante las autoridades y ciudadanos de Gernika (Euskadi), la primera población bombardeada desde el aire por la aviación nazi. Y Helmut Kohl trabajó a fondo el acercamiento con la vecina Francia, entablando un entendimiento con el presidente de la República, François Mitterrand. La recuperación de las relaciones bilaterales de Alemania con los países vecinos que fueron invadidos, perjudicados y a menudo ultrajados por el totalitarismo nazi, permitió ir construyendo puentes de comunicación, respeto y reconciliación.

Indudablemente, la trayectoria de Alemania durante el siglo XX demuestra que todas las guerras, todas las tiranías, todos los genocidios y cuantos actos de violencia y barbarie se hayan llevado a cabo, sólo se pueden afrontar y recuperar humanamente tras un proceso sincero y profundo de reconciliación. Es decir, hay una reconciliación para cada posguerra, aunque históricamente se recuerden más las atrocidades bélicas que no los admirables procesos de reconciliación entre las partes que un día estuvieron duramente enfrentadas.

Un segundo caso a tener en cuenta, es el de la segregación racial en los Estados Unidos y la lucha por los derechos civiles llevada a cabo durante el siglo XX bajo el liderazgo de Martin L. King. Desde los esclavos llegados al continente americano a lo largo de los siglos XVIII y XIX, hasta el mantenimiento de políticas de segregación racial entrados los años 60, los Estados Unidos han vivido -y desgraciadamente siguen teniendo motivos para la preocupación- épocas de gran retroceso en el respeto a la dignidad humana, cual sea fuera el origen geográfico o étnico de sus ciudadanos. Colectivos violentos y radicales como el Ku Klux Klan, nacidos en un país que hace alarde de su pasado fundamentado en los valores de la libertad y la democracia, no dejan de sorprender. No pocas autoridades policiales continúan llevando a cabo prácticas desproporcionadas contra sospechosos, especialmente de origen afroamericano, lo que ha levantado a menudo oleadas de revueltas por la indignación que siempre genera el maltrato o el abuso de poder sobre la población negra norteamericana.

Martin Luther King, de la mano de la iniciativa pionera de Rosa Parks, lideró en los Estados Unidos un proceso de lucha y movilización no violenta con el fin de acabar con la segregación racial. No fue fácil ni corto el camino, porque tanto el presidente John F. Kennedy como su hermano Robert Kennedy, simpatizantes de esa lucha y abiertos a cambios legislativos en esa línea, fueron asesinados ante la consternación de la sociedad norteamericana. Al poco sería también el caso del propio King, amenazado de muerte desde hacía tiempo, y víctima de innumerables campañas mediáticas de desprestigio, e incluso de persecución policial y judicial sin base.

Décadas después, los Estados Unidos estaban preparados para escoger un candidato a la Casa Blanca de origen afroamericano. Y si bien este hecho no es definitivo para confirmar que la segregación racial esté superada, sobre todo en las mentalidades de muchos ciudadanos y también en determinadas políticas, sí que se puede reconocer que se trata de un paso adelante. La lucha por los derechos civiles en Norteamérica ha consolidado un proceso de superación de un pasado oscuro y violento, sólo conseguido por los valores de la noviolencia y la fuerza de la reconciliación. Algo que parecía irreconciliable se ha podido ir encaminando, confirmando avances notables y augurando un futuro esperanzador no exento de más luchas.

El tercer caso se sitúa en un tercer continente: África. Y se centra en un gran personaje: Nelson Mandela. La Sudáfrica del Apartheid llevaba a cabo un proceso de segregación racial todavía más radical y extremo, en ocasiones, del que se vivía en los Estados Unidos. La crueldad y persecución de la mayoría negra por la minoría blanca en aquel país llegó a cotas inimaginables hasta hacer irrespirable el ambiente para los sudafricanos negros. La Constitución de Sudáfrica incorporaba el Apartheid como marco legal supremo, y las acciones violentas llevadas a cabo por extremistas y paramilitares gozaban de una impunidad que las acrecentaba más. Torturas, violaciones, asesinatos, matanzas en masa, quema de iglesias o de hogares de sudafricanos negros incluso con ellos dentro, eran una constante en la actualidad social y política de aquel país durante décadas.

Uno de sus más firmes líderes, Nelson Mandela, se planteó incluso crear un brazo armado de la facción política de la que formaba parte, y aunque nunca dió pasos concretos dio pie a que las autoridades tuvieran ocasión de detenerlo. De la detención vino el juicio, y del juicio llegó la condena: estuvo encarcelado 27 años y medio, y fueron seguramente las casi tres décadas mejor aprovechadas para los próximos siglos. Mandela entró con ira y rabia y 30 años más tarde salió transformado en perdón y reconciliación. Hasta los carceleros echaron mucho de menos a un preso que les escuchó siempre, les acogió, les felicitaba las fiestas y preguntaba por sus familiares, se interesaba por su idioma y por su deporte favorito, y conocía a cada uno por su nombre, sabiendo también de sus mujeres e hijos.

Mandela no sólo cambió el ambiente de la prisión tras conquistar su propio corazón hacia la reconciliación, sino que estaba preparado a dos grandes retos. Por una parte, convencer a sus antiguos enemigos y adversarios (los afrikaners) para entablar un diálogo y buscar una salida negociada a la situación de violencia segregacionista existente en el país. En segundo lugar,

conseguir que sus correligionarios, los negros sudafricanos, asumieran el fin de una época cesando también la rabia, la ira y el odio con el que Mandela entró en prisión. Tanto dolor, tanta injusticia, tantas matanzas, torturas, humillaciones... sólo podrían superarse con el poder de la reconciliación. Ni el peso de la justicia penal, ni el de las presiones internacionales ni el de más violencia ahora desde el bando nativo, servirían de nada. Como tampoco sirvió de nada toda la agresividad y violencia del bando afrikaner.

Mandela fue elocuente en sus sentencias, de las que dejó especialmente cuatro enormemente sabias, que dan pistas clarividentes sobre cómo afrontar algo tan grave y complejo como el Apartheid en Sudáfrica, con la herramienta más eficaz, humanitaria y digna que tiene el ser humano: el perdón y la reconciliación.

La primera sentencia hace referencia a la marginación: *“Nadie conoce suficientemente un país hasta que ha estado en sus cárceles”*. Mandela mira directa hacia una parte de los marginados de la sociedad que están arrinconados en las cárceles. No conocerlos ni convivir en su entorno de prisión, es no querer construir un país mejor comenzando por los cimientos de la justicia. Mandela siguió luchando fuera de prisión contra toda discriminación: no sólo la racial, también la de la pobreza, la del Sida, la marginación que generan determinadas mentalidades. Conocer las cárceles es conocer un país para, sin duda, poderlo cambiar, mejorar, avanzar.

La segunda es sobre el miedo, un gran condicionante humano: *“Aprendí que la valentía no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre el miedo, porque el hombre valiente no es el que no siente miedo, sino aquel que lo conquista.”* Sin duda alguna, el miedo atenaza nuestra humanidad; el miedo nos inmoviliza y a veces no sólo nos insensibiliza, sino también nos puede radicalizar hasta el punto de dañar al otro, al diferente, al opuesto, convirtiéndolo en enemigo. Esa es una de las semillas de la violencia. Mandela no acude a la idea prepotente de no tener miedo, porque no tenerlo es imprudencia grave; el líder africano apela a superarlo. Es decir, a vivir con el miedo, también el miedo a pedir perdón o a ser perdonado, incluso al miedo que genera dar pasos hacia la reconciliación. Porque caer en nuestra normal condición de seres miedosos, es caer en las consecuencias que éste reporta. Gandhi, al que Mandela leyó atentamente, decía que *“la violencia es el miedo a los ideales de los demás”*.

La tercera hace referencia a la ira y el odio con el que entró en prisión, y la transformación a la que los sometió estando en prisión, para salir siendo otro hombre definitivamente liberado, preparado para liberar a los demás: *“Al*

salir por la puerta hacia mi libertad supe que, si no dejaba atrás toda la ira, el odio y el resentimiento, seguiría siendo un prisionero”. El miedo esclaviza, y el odio hunde más a fondo las cadenas de esa esclavitud. Odiar es odiarse, para Mandela. El odio es la garantía de que la violencia tenga su oxígeno para continuar haciendo daño. Transformar el odio y la ira en perdón y reconciliación es, sin duda, el mayor éxito y la más grande victoria que Mandela asumió en su propia vida, y lo hizo ejemplo y enseñanza para todo un pueblo.

Y, finalmente, la cuarta sentencia hace referencia directa al perdón como semilla de paz, y del mismo modo que al principio hacía referencia al miedo, aquí Mandela acude al coraje: *“Los valientes que deseen lograr la paz, no temerán encontrar el coraje para perdonar”*. Se trata de la verdadera fuerza necesaria para afrontar el último paso hacia la superación de la violencia. Saber perdonar es querer, en primer lugar, porque es un acto de profunda libertad personal. Pero saber perdonar es, también, tener la determinación de llevarlo a cabo. No es fácil perdonar, ni es simple la reconciliación, pero afrontar ambos retos es, seguramente, el más sublime de los actos humanos posibles, y la más admirable de las cimas conquistadas en sociedad.

Conclusiones

La tortuosa historia de Alemania a lo largo del siglo XX, la difícil y pertinaz lucha contra la segregación racial en los Estados Unidos y, finalmente, la victoria pacífica y reconciliadora sobre el Apartheid en Sudáfrica, son tres extraordinarios ejemplos en los que la más dolorosa historia de violencia posible puede siempre encontrar su salida por los caminos de la paz y la reconciliación. Es más: toda experiencia violenta está llamada a encontrarse con su paz en la reconciliación, porque la violencia es un error en la vida humana, no es un acierto. La paz, sin embargo, es un avance de la humanidad, es el progreso de la civilización y es la única respuesta posible a una vida humana en plenitud.

¿Y qué hacer cuando esta vida humana en plenitud ha sido dañada, erosionada, torturada o eliminada? Sólo el perdón y la reconciliación tienen mayor fuerza y mayor poder sobre la violencia, que todas las guerras, las tiranías y los genocidios de la Historia. La prueba más fehaciente es que nada que haya provenido de éstas ha triunfado y permanece; y, sin embargo, todo lo que en silencio, con discreción y con humildad ha construido la paz, la justicia, el perdón y la reconciliación, ha llegado para quedarse, para crecer y para volver a llenar de humanidad todo lo que antaño fue inhumano.

